



## CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

**N**O se pasaron quince días, cuando ya nuestro renegado tenía comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y darle color, quiso hacer, como hizo, un viage á un lugar que se llamaba Sargel<sup>1</sup>, que está treinta leguas de Argel ácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viage en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéjares*<sup>2</sup>: y en el reino de Fez llaman á los mudéjares, *elches*, los cuales son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras, y así se iba al jardin de Zorayda y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dijo, y decille, que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido, ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera habla-

<sup>1</sup> En otro tiempo fué ciudad muy principal (dice el P. Haedo), y estando los años pasados despoblada casi del todo, los moriscos que de Granada, Valencia y Aragon se han pasado á Berbería, viendo su fertilidad y hermosura de campo, lo han poblado de manera, que habia como mil casas de ellos. (Historia de Argel: fol. 155.)

<sup>2</sup> Llamábanse tambien mudéjares ó mudájares aun en España los del reino de Murcia, y especialmente los del valle de Ricote, que por estar muy emparentados y unidos con los cristianos viejos, fueron exceptuados en los primeros bandos de la espulsion; pero fueron comprendidos finalmente en el de 19 de Octubre de 1613.

do, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como, y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente y se fuesen á la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijese, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de cristianos podia volver: y así determiné de ir al jardin y ver si podia hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantino- pla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de language me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respondíle, que era esclavo de Arnaute 'Mamí', y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Pre-

<sup>1</sup> Este cosario fué el que cautivó á Cervantes, y era (dice el P. Haedo), tan cruel bestia, que tenia su casa y bajeles llenos de orejas y narices cortadas á pobres cautivos cristianos por ligerísimas causas. (Topografía, ó Historia de Argel: fol. 122.)

guntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedía mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zorayda, la cual ya había mucho que me había visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego cuando su padre vió que venía y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de sus piés, que descubiertas á su usanza traía, traía dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco), de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valían otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es, adornarse de ricas perlas y aljófar: y así hay mas perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenía fama de tener muchas y de las mejores que en Argel había, y de tener asimesmo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mía. Si con todo este adorno podía venir entonces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos; se podrá conjeturar, cual debía de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene días y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces había visto: y con esto viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaut Mamí, y que venía á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó ¿si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba?—Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me

estimaba, pues había dado por mí mil y quinientos zoltamis: á lo cual ella respondió: En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros.—Bien podría ser eso, señora le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.—¿Y cuándo te vas? dijo Zorayda.—Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él.—¿No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?—No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejaré esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.—¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger.—No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.—¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zorayda.—Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: Guala<sup>1</sup>, cristiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda como mas ladino<sup>2</sup>, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardín habían saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues,

<sup>1</sup> Palabra morisca, que consta de la partícula *gue*, en castellano *y*, y del nombre *Alá*, Dios, que junta con ella es una fórmula de juramento, que entre los moros equivale al de *Por Dios* entre los cristianos.

<sup>2</sup> Esto es, que hablaba castellano.

que dijo su padre á Zorayda: Hija, retírate á la casa y enciértrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buena hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado: pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *¿Amexí, cristiano, amexí?* que quiere decir: *¿vaste, cristiano, vaste?*—Yo la respondí: Señora, sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primero Juma<sup>1</sup> me aguarda, y no te sobraltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar ácia la casa, y quiso la suerte que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvía de hacer ir á los tureos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimesmo dí á entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo á donde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir, *amexí, cristiano, amexí<sup>2</sup>*: vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningún mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has

<sup>1</sup> El día viérnes, como ya dijo el autor.

<sup>2</sup> Dos veces se dice tambien arriba *amexí* en todas las ediciones, y en ambas da á entender nuestro autor que esta voz es una misma, pues dice que Zorayda la volvió á decir; pero es distinta: y así la primera vez debe escribirse *tamexí*, que es segunda persona del presente de indicativo, que significa *tú te vas, ó vaste?* y la segunda, ó en este lugar, debe escribirse *amexí*, que significa *vete*, por ser segunda persona de imperativo. (Así lo dice Fr. Pedro de Alcalá en su *Vocabulista*, ó *Arte para saber la lengua arábiga*: art. 1.)

dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres, podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto, porque tú, ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora de que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine, y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al día que yo con Zorayda hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los cristianos que habian de bogar al remo, estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor, ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los moros tagarinos, que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos que en qué nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas de ellos durmiendo. Digámosle en lo que reparábamos, y él dijo, que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin

peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin deternos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano al alfange, y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna via, ó manera la voz, que luego al punto los pasarían todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guarda dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos así mismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio, llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zorayda aguardándonos á una ventana, á así como sintió gente, preguntó con voz baja, si éramos *Nizarani*, como si dijera ó preguntara, si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mesmo y mis dos camaradas, y lós demas que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca ¿si estaba su padre en el jardin?—Ella respondió que sí, y que dormia.—Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin.—No, dijo ella, á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo vereis. Y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zo-

rayda quisiese: la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apenas los podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: Cristianos, cristianos, ladrones, ladrones, por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zorayda, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entonces siendo mas necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornole á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarían la vida. El como vió allí á su hija comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zorayda ya en la barca, y que queríamos dar los remos á la agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado, que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto le habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento, pero él respondió, que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarían la ciudad, y serian causa de que saliesen á buscarlos con al-

gunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podría hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos y Zorayda, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuémos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel, y asimismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumiamos, de que si se encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos<sup>1</sup>, mas que tomariamos bajel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habriamos navegado treinta millas, cuando nos amaneciò, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dijeron, que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no

<sup>1</sup> Esto es, seriamos cautivados.

iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zorayda, el cual respondió: Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos, mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela, el cual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneciò, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntandó su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿Qué es esto hija, que ayer al anoche, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te ví con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, cuando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto que me tiene mas suspenso y admirado, que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso y preguntóle, que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: No te causes, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quiero que sepas, que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro.—Así es, respondió Zorayda.—¿Qué en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que

ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zorayda: La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se estendió á dejarte, ni hacerte mal sino hacerme á mí bien.—¿Y qué bien es el que te has hecho, hija?—Eso, respondió ella, preguntáselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo. Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda, que le sacasen, y así acudimos luego todos: y asiéndole de la almalafa, le sacaron medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca á bajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava Rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala muger cristiana*, y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir, *muger mala, y Rumia, cristiana*: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese, para que felicemente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse orden á suplicacion de Zorayda, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno

los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿Por qué pensais, cristianos, que esta mala embra huelga de que me deis libertad? ¿Pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos, ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zorayda, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: Ó infame moza, y mal aconsejada muchacha, ¿adonde vas ciega y desatinada en poder destes perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo, que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá, que nos destruyese, confundiese y acabase: y cuando por habernos hecho á la vela no pudimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: Vuelve, amada hija, vuelve á tierra que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zorayda, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: Plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos: y así consolando yo á Zorayda, atendimos todas á nuestro viage, el cual nos le facilitaba el propio viento de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces, ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó qui-

zá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimesmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habiánse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veniamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por el medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife, ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo cuán pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesia de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zorayda le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia, de qué habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se estienden á mas que al dinero, y desto